

# De veinticinco a treinta y cinco



*Charles H. Spurgeon*

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

## De veinticinco a treinta y cinco

Nº 2517

Un sermón predicado la noche del Domingo 11 de Octubre de 1885. por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres. (Y leído el Domingo 16 de Mayo de 1897).

*“Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados; y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron”. — Mateo 20: 2, 4.*

Ninguna parábola enseña todos los aspectos de la verdad. Es incorrecto intentar que su contenido incluya todo en exacta correspondencia. Cada parábola tiene la intención de comunicar una lección, y si nos enseña eso, no debemos intentar extraer algo más.

Esta parábola bosqueja al gran Dios como un padre de familia, que sale para contratar hombres que trabajen para él. Pero no nos imaginemos que Dios nos necesita. Él era perfecto (perfectamente feliz y perfectamente glorioso), mucho antes que el ala del ángel batiera el espacio, y antes que el espacio y el tiempo tuvieran existencia. Dios siempre fue y es autosuficiente: no depende de nada afuera de Él mismo para Su existencia. Y si decide hacer cualquier tipo de criaturas, y preservarlas o usar a cualquiera de las criaturas que formó, no es porque las necesite, o porque dependa en lo más mínimo de ellas. Si Dios sale, en Su gracia maravillosa, a contratar a cualquiera de nosotros para que trabajemos en Su viña, no es porque nos necesite, sino más bien porque nosotros lo necesitamos a Él. No nos pone a trabajar porque necesite obreros, sino porque nosotros necesitamos trabajo. No nos llama porque requiera de nosotros, sino porque nosotros requerimos ser llamados.

Por tanto, que nadie se atribuya gran importancia a sí mismo, como si la causa de Dios o Su reino dependieran de alguien. Es posible que algunas



veces, en nuestra pequeña esfera, nos figuremos que si nos fuéramos, abríramos una gran brecha. Pero el Señor no nos necesitó antes de nacer, ni tampoco nos necesitará después morir y partir. Su obra en realidad no sufre nunca, a pesar de todo. Los obreros mueren pero la obra sigue. Por tanto, si fueras tan osadamente perverso como para suponer que Dios verá Su gloria disminuida si te opones a Él en algo, o que Dios sufrirá porque no tienes la intención de servirle, estás gravemente equivocado. La pérdida de gloria será tu pérdida, amigo, no de Dios, y la pérdida de beneficios será tu pérdida, no de Dios. Si Él tuviera hambre, no te lo diría, pues los millares de animales en los collados son Suyos, así como el mundo y su plenitud. Él puede llevar a cabo Sus propósitos eternos sin nuestra ayuda, y de igual manera puede efectuarlos aun si decidimos resistirle. Él es infinitamente más grande que nosotros, de tal manera que lo que debo decirles esta vez, acerca de ir a trabajar para Dios en Su viña, no debe entenderse como si nosotros pudiéramos hacer algo meritorio a los ojos de nuestro Hacedor, o como si Él tuviese alguna necesidad de nosotros.

Él es grande y glorioso, independientemente de lo que seamos; y es por causa de nuestro gozo, por nuestra seguridad y por nuestra felicidad eterna, que debemos convertirnos en Sus siervos. Para el recto ordenamiento de nuestras vidas, es necesario que nuestros corazones estén afinados para entonar la música de gozo, y que seamos afinados por la obediencia a Su voluntad, y que aprendamos a servirle. Mi oración es que, en esta misma hora, algunos que nunca han conocido a nuestro Salvador, le encuentren porque Él se da a conocer a ellos, y los contrate en Su servicio.

I. Primero, voy a comenzar preguntando, ¿POR QUÉ SE DESCRIBE QUE EL SEÑOR SALE?

Por favor, observen lo que el versículo primero de este capítulo dice: “El reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana”. Luego dice en nuestro texto: “saliendo cerca de la hora tercera”; y en el versículo cinco: “Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena”; y en el versículo seis: “Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados”. ¿Por qué se describe que Dios salió?

Este lenguaje es usado, primero, para enseñarnos que el impulso para servir a Dios, siempre proviene de Dios. Nunca brota internamente, en su inicio, de nosotros. Si alguien quiere servir a Dios, es porque hubo otra voluntad que movió su voluntad, pues de lo contrario esa voluntad nunca se habría inclinado hacia Dios. Dentro de los diferentes grupos de hombres mencionados aquí, nadie fue a la viña para solicitar empleo, ya fuera temprano en la mañana o más tarde en el día. El padre de familia salió a la plaza y contrató a sus hombres. A la hora tercera, a la hora sexta, y a la hora novena, nadie había venido por su propia voluntad. En cada caso, el primer movimiento surgió de parte del padre de familia: “Salió por la mañana a contratar obreros para su viña”. Y a la hora undécima, aunque el día iba aproximándose a su fin, y el sol casi se había ocultado, aun entonces, los hombres no habían sido lo suficientemente sabios para desear concluir su día en el servicio apropiado. A esa hora todavía permanecían desocupados en la plaza, como lo habían estado todo el día, hasta que el generoso patrono salió, y les reconvino e indujo para que fueran a la viña.

Nadie viene a Dios jamás sino hasta que Dios viene a él primero, así que, es mi deseo sincero que los impulsos de la gracia divina puedan ser sentidos por muchos corazones, en este momento. Dios el Espíritu Santo obra en el juicio, en el entendimiento, en los afectos, en los temores, en las esperanzas y en la voluntad de los hombres, y conforme obra en ellos, hace que los hombres se ofrezcan voluntariamente en el día del poder de Dios, para volverse a Él y entrar a Su servicio. Ese es, creo yo, el primer significado de la salida de Dios.

A continuación, significa que hay tiempos y ocasiones cuando Dios manifiesta especialmente Su gracia. Yo creo que esas ocasiones se dan cuando el Evangelio es predicado. En esta iglesia en particular, y bajo un ministerio que abarca aproximadamente treinta y dos años, hemos gozado casi continuamente del poder de conversión de la gracia de Dios. Ha habido algunas veces un mayor crecimiento, o una pequeña disminución de vez en cuando; pero, en general, el raudal ininterrumpido de bendiciones ha fluido casi al mismo ritmo todo el tiempo. Nunca fue tan profundo, ni su corriente fue tan poderosa, como ahora, por lo que alabamos al Señor con todo nuestro corazón.

Pero, ha sucedido con las iglesias a menudo, que hay ciertas ocasiones cuando los hombres son traídos a Cristo en grandes números. la Palabra penetra con inusual poder, y hay una súbita lluvia de flechas de convicción, y los heridos gritan: “¿qué haremos para ser salvos?” Hay un gran derramamiento del bálsamo sanador, y las heridas del pecado son curadas, y el sangrado de la conciencia traspasada es restañado. Cuando Dios sale de Su escondite, por decirlo así, para tratar de esta manera con las almas de los hombres, es un tiempo de avivamiento.

Personalmente, para la mayoría de los hombres, hay un tiempo para la salida de Dios, cuando son especialmente impulsados a las cosas santas. Algunos lo experimentan en su niñez. Cuando todavía son muy jóvenes, Dios habla con ellos, como lo hizo con Samuel. Tal vez, en su camita, por la noche, Él viene y les dice: “¡Samuel, Samuel!”, y luego les ayuda a responder: “Heme aquí, ¿para qué me has llamado?” Para otros, Dios viene un poco más tarde, cuando es la hora segunda del día, en el apogeo de la vitalidad de su juventud. Ha sido un gran privilegio para algunos de nosotros, que el Señor nos llamara cuando éramos jóvenes todavía; y es una gran bendición que Dios venga a nosotros en ese importante período de nuestra historia. Para otros, Él viene cuando han avanzado un poco más en la vida; y, bendito sea Dios, Él viene también cuando el día está cercano a su clausura, cuando los surcos del esfuerzo son visibles en sus semblantes, y las nieves de la edad cubren sus cabezas. Él viene con poder, por el llamamiento eficaz del Espíritu Santo, y les habla, y ellos se someten a Su palabra, y se entregan para ser Sus siervos por el resto de sus vidas.

Oren, amados hijos de Dios, para que el Divino Padre de Familia salga a la plaza ahora, y hable eficazmente por Su gracia, a jóvenes y a viejos. Si el padre de familia de la parábola hubiera enviado a sus siervos para contratar a estos hombres, es posible que nadie hubiera ido a la viña. Pero como él salió y les habló personalmente, fueron, siguiendo sus instrucciones. Y esto sé, que yo, pobre criatura que soy, aunque me pare y hable con todo mi poder, no tengo en mi cinturón las llaves de los corazones humanos. Puedo hablarles al oído, pero no puedo pasar de allí. En cambio, si mi Señor sale en todo el esplendor de Su gracia omnipotente, no llamará en vano, pues Él tiene las llaves de los corazones humanos: “el que abre y ninguno cierra”. Y cuando habla eficazmente, los hombres vuelan a Él como palomas a su

palomar. ¡Oh, que ocurriera aquí lo mismo, a muchas personas! De esta manera, he respondido a la primera pregunta: ¿Por qué se dice que el Señor sale?

II. La segunda pregunta es: ¿CUÁL ES LA HORA MENCIONADA AQUÍ? “Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados”.

He leído y también he escuchado muchos buenos sermones para jóvenes, para quienes son llamados por Dios, temprano en la mañana. Y yo sé que se han predicado muchísimos sermones para quienes han alcanzado la hora undécima. Por tanto, consideré que, en este sermón, debería dirigirme a quienes han alcanzado la hora tercera.

¿Qué tipo de personas son aquellas que están en la hora tercera? ¿Cuál es la hora tercera? Hagamos un pequeño cálculo. Para los judíos, siempre había doce horas en el día, tanto en verano como en invierno, de tal forma que la hora se alteraba cada día. Era una manera muy difícil de calcular el tiempo, pues, aunque la luz del sol se alargara o se acortara, ellos seguían dividiendo el día en doce horas.

Bien, queridos amigos, piensen en la vida humana como un período de doce horas, y entonces hagan un cálculo de cuál será la edad correspondiente a cada hora. Consideren que la vida entera es aproximadamente de 70, 72, 73, 74, o 75 años, como ustedes quieran. Luego tienen que descontar las horas de la madrugada, ese período de la vida en el que Dios no llama a los niños a una fe inteligente, porque no cuentan todavía con el suficiente entendimiento para ser capaces de una fe inteligente. Eliminen unas horas por eso; yo calculo que las primeras tres horas corresponden más o menos a 20, 21, 22, 23 o 24 años, si les parece bien. Yo diría que la hora tercera de la vida podría oscilar entre los veinticinco y los treinta y cinco años. Ese es el período de la vida en el que el hombre ha alcanzado su cima, y en el que la mujer ha logrado la plenitud de su fortaleza. Habrá poco crecimiento después de esto; aunque no se haya alcanzado el cenit de la vida, ciertamente en ese momento se ha llegado a un período de considerable desarrollo. Pido a mi Señor, de todo corazón, que salga a ustedes, que han alcanzado la hora tercera de su día, y que les

diga en el lenguaje del texto: “Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo”.

Ahora, amigo mío, tú que tienes entre veinte y cuarenta años de edad, quiero que tú te conviertas en el siervo de mi Dios y Señor. Primero, porque ya has desperdiciado algunas de las mejores horas del día. No hay horas del día comparables a las primeras horas de la mañana, cuando el rocío lo cubre todo, y el humo de las preocupaciones y de los problemas, no ha oscurecido todavía la campiña. No hay nada como gozar de las primeras horas de una mañana de verano, cuando los pajaritos cantan sus melodías más dulces, y toda la naturaleza pareciera estar alhajada con sus joyas matrimoniales, con sus más encantadores ornamentos. No hay tiempo para trabajar que se pueda comparar a las primeras horas del día, y no hay mejor tiempo para servir al Señor que los primeros días de juventud.

Yo recuerdo el gozo que experimenté en el pequeño servicio que fui capaz de prestar a Dios cuando le conocí. Yo trabajaba en una escuela durante toda la semana, pero disponía de la tarde del sábado, y esa tarde del sábado, aunque hubiera podido usarla correctamente para descansar, y aunque yo era sólo un muchacho, me entregaba a la distribución de literatura cristiana, y visitaba a los más pobres a mi alcance, y el domingo me dedicaba a enseñar a un grupo de la escuela dominical, y posteriormente, daba un mensaje general a todos los grupos de niños. ¡Oh, cuán esmeradamente hacía yo todo! A menudo pienso que hablaba mejor en aquel entonces que en años posteriores, pues aunque hablaba con temblor, mi corazón iba en todo ello. Los domingos comencé a predicar en las aldeas vecinas, y luego, predicaba todas las noches durante los días de semana. Yo solía decir entonces lo que brotaba espontáneamente de mi corazón. Tenía poco tiempo para apoyarme en los libros. Mi biblioteca principal eran la Palabra de Dios y mi escasa experiencia, pero yo predicaba con toda mi alma. Indudablemente decía muchos disparates, y hablaba con muchas debilidades y con la insensatez propia de la juventud, pero, ¡oh, con un intensísimo deseo de llevar a los hombres a Cristo! Recuerdo cómo sentía que habría podido entregar alegremente mi vida, si con eso hubiera podido ser instrumento de salvación para algún pobre hombre o hubiera podido llevar a algún muchacho de mi propia edad a los pies del Salvador. No hay

nada en años posteriores comparable a las obras realizadas temprano en la mañana.

Sin embargo, amigo mío, tú has dejado pasar ese período. Tú tienes veinticinco años, o treinta años, o, tal vez, tienes treinta y cinco, y, ¿no eres salvo todavía? Entonces, no desperdicies más el valioso tiempo. Ve de inmediato al Crucificado, mi adorable Señor y Maestro. Allí está, ceñido con una corona de espinas. Dale, por lo menos, lo que resta de tus días, y ruégale que te perdone por haber vivido tanto tiempo sin haberle amado y servido.

Además, tengo que suplicarte que vengas a Cristo en esta edad, porque ya se están formando en ti hábitos de ociosidad. “No”, dirás, “no es así”. Me refiero a ociosidad espiritual. Todavía no has hecho nada por Cristo, ni siquiera has considerado qué es lo que puedes hacer, ni has considerado en qué lugar de la viña podrías encontrar una ocupación: si puedes podar las vides, o regarlas, o vendimiar la uvas, o pisar el lagar. No, todavía no has hecho nada; y lo que me temo es que pronto te establecerás en ese estilo de no hacer nada, y regresarás al polvo de donde saliste no habiendo cumplido nada para Él, que se entregó a Sí mismo para salvarnos de nuestros pecados. No te quedes en esa condición ni un instante más. La cera ya no está muy suave, se está comenzando a endurecer; antes de que se afirme lo suficiente, que el sello de la gracia soberana sea impreso en ella, para que tu vida todavía pueda mostrar la huella de Cristo.

Por otra parte, Satanás está muy listo con sus tentaciones; y, tú sabes, él:

Siempre encuentra algún nuevo mal,  
En que manos ociosas se puedan ocupar.

Todavía no has cometido ningún pecado visiblemente terrible, espero. Tal vez te has conservado como el joven de la narración que leímos, bastante puro y limpio externamente. Bien, pero tú no te das cuenta que (como eres muy buena persona en tu propia opinión), tienes una grandísima propensión a ser asediado por Satanás; y si él logra que te entregues a las concupiscencias de la carne, o a cualquier placer pecaminoso y vano, se deleitará mucho arruinándote. ¡Oh, cómo desearía alistarte en la milicia de mi Señor! Sienta plaza. Quiero decir, cree en el Señor Jesucristo, y acéptalo



como tu Salvador, y conviértete en Su fiel siervo. Desearía poner un azadón en tus manos, o una podadera, o algo mediante lo cual seas inducido a entrar en la viña de mi Señor, para servirle. Has alcanzado los veinticinco, o treinta, o treinta y cinco años, y yo necesito que vengas a Cristo, porque tu sol puede ocultarse al mediodía. Tales cosas suceden.

Esta mañana, cuando echaba un vistazo a esta congregación, recordé a un viejo amigo, que solía sentarse aquí, al frente, y que se fue al cielo hace unas cuantas semanas. Y, allá, acostumbraba sentarse otro hijo de Dios, un querido amigo que fue a su hogar hace muy poco tiempo. No voy a recorrer con el pensamiento todo el lugar, pero lo miro a menudo, recordando dónde solían sentarse aquellos que están con Dios ahora. Uno tras otro se han ido, algunas personas bastante mayores, pero entre los que han muerto, ha habido muchos que eran bastante jóvenes. Yo hubiera esperado que ellos estuviesen presentes en mis funerales y en los de ustedes; pero en lugar de eso, ellos han sido llevados tempranamente a la tumba (la mayoría de los que recuerdo, gracias a Dios, con buena esperanza), llevados con alegría a sus tumbas, porque nosotros sabíamos que, por la gracia de Dios, estaban maduros para la gloria.

Pero, ¿qué pasaría si el llamado llegara para ti, querido amigo, antes de haber comenzado a servir a tu Dios? No, no debe ser así, ¿no es cierto? ¿Acaso no hay algo en tu corazón que parece decirte: “por la gracia de Dios, no será así. Voy a buscar a Jesús ahora, y me voy a entregar a Él, que se entregó a Sí mismo por mí”.

Además, me parece que si Dios te conserva, es porque hay una buena oportunidad de trabajo delante de ti. Al contemplar aquí a mi alrededor, a hombres y mujeres en la flor de su edad, y sabiendo que muchos de ellos todavía no han sido convertidos a Dios, siento, queridos amigos, que no serán de Satanás, ni del mundo, ni del pecado, sino que deben pertenecer a Cristo. Él es un Salvador y Señor tan glorioso, que yo desearía vehementemente ver a todo el mundo a Sus pies. Él merece tanto que, si todos los reyes se postrarán delante de Él, y todos los príncipes le llamaran bendito, lo merece con creces; y, si tú lo haces, harías lo correcto. ¡Qué vida podrías llevar todavía! ¡Qué utilidad, qué felicidad, qué bendición, podrían ser tu porción todavía! Si pudieras ver a través de un telescopio que te

revelara lo que serías si tu corazón fuera consagrado a Dios, qué cielo acá abajo y qué cielo arriba te esperan, estoy seguro que te someterías ahora al llamado del Grandioso Padre de Familia, y entrarías a Su viña antes salir de este edificio.

III. Ahora, permítanme intentar responder a una tercera pregunta. ¿QUÉ ESTABAN HACIENDO ESTOS HOMBRES A QUIENES LES HABLÓ EL PADRE DE FAMILIA? “Estaban en la plaza desocupados”.

No voy a dilatar me sobre este punto, pero debo hablar un poco acerca de algunos que están en la plaza desocupados. En un sentido literal, muchos están completamente desocupados. Hay todavía muchos hombres y mujeres cristianos, no, no me refiero a hombres cristianos y a mujeres cristianas, sino a aquellos que deben ser cristianos, pero que están verdaderamente desocupados. Algunas veces, cuando he estado junto al mar, en Mentone (Francia), y en otras partes, he visto a muchísimas personas prósperas a quienes no les importa nada, que están perfectamente bien, y sin embargo, están desperdiciando su tiempo, un día tras otro. Casi he llegado a pensar: “si fueran arrojados al Mediterráneo, ¿quién perdería algo por su ausencia?” ¿Acaso no hay muchas personas exactamente como ellos, que incluso se cuentan entre los que asisten a nuestros lugares de adoración? Consumen pan y comida, y si no se preocupan, serán consumidos uno de estos días, pues no le hacen bien a nadie. ¡Qué lástima que un hombre completamente crecido no esté haciendo nada, y que una mujer hecha para el amor y la amabilidad, no esté esparciendo ese amor y amabilidad por todos lados, sirviendo al Señor! A aquellos que oscilan entre los treinta y cuarenta años, que todavía están desocupados, deseo decirles con toda sinceridad, en el nombre del Señor Jesucristo: “acérquense a Él por fe, confiesen su ociosidad y todos sus demás pecados, busquen Su gracia y Su misericordia, y luego entren en Su viña, y sírvanle mientras puedan”.

También hay otros que están laboriosamente desocupados, agobiados por trabajos que no producen nada de valor real. El hombre que está gastando toda su vida en su negocio, viviendo simplemente para ganar dinero, no tiene sino metas triviales, pues lo acaparan los objetivos temporales. El que vive para Dios, para Cristo, para el bien de los hombres, vive para cumplir un objetivo digno de un ser inmortal. Pero el que vive

para su propio engrandecimiento, vive para cumplir un objetivo tan temporal y trivial, que puede ser descrito como desocupado, aunque se agote hasta la muerte en su labor. ¡Ah, amigo, si eso es todo lo que haces, el Señor te considera un desocupado! No estás haciendo nada para Él, nada que valga la pena, nada que pueda ser escrito en el rollo y en el registro de la historia, como una gran hazaña realizada por un alma redimida con la sangre de Cristo. ¡Oh, ustedes desocupados laboriosos, pido que sean conducidos a ir y trabajar en la viña del Señor!

Hay algunos que están desocupados debido a su constante indecisión. No son completamente malos, pero no son buenos. Ellos no sirven al diablo, excepto por su negligencia de servir a Dios. Aunque están desocupados, están llenos de buenas intenciones, pero han estado llenos de buenas intenciones desde hace mucho tiempo. Si fueran ahora lo que resolvieron ser hace diez años, habría un gran cambio en ellos. Pero no es así; y, aparentemente, dentro de diez años serán como son ahora, es decir, si Dios les da vida. No irán más allá, pues forman parte del tipo de personas que “deciden, y deciden” y sin embargo, siguen siendo los mismos. Yo casi preferiría que dijeran que quieren ser condenados en lugar de decir que quieren ser salvados, porque no lo dicen en serio; pues, si dijeran que quieren ser condenados, se retractarían con horror de lo dicho. Pero ahora juegan con Dios, y con la eternidad, y con el cielo, y con el infierno, y dicen: “lo haré, lo haré, lo haré”; y siempre es: “lo haré”, aunque nunca convertirán ese “lo haré”, en una realidad presente.

Amigos, si una casa se está incendiando, y ustedes estuvieran en uno de los pisos superiores, sería una lástima que dijeran: “voy a escapar pronto, cuando las llamas alcancen otro piso; debo esperar un poco”. No; ustedes estarían ansiosos de escapar de inmediato, estoy seguro que querrían eso; y la sabiduría dicta que un hombre no debe platicar, y decir siempre: “lo haré”, y sin embargo no cumplir nunca con el propósito. La sabiduría dicta que, por la gracia de Dios, debemos decir: “he llegado al fin de mi indecisión; voy a comenzar a vivir para Dios, si Él me da la vida espiritual. Voy a deshacerme de las obras de las tinieblas si Dios me da la luz espiritual. Voy a arrojarme a los pies de Jesús, y clamar: ‘sálvame, oh Señor, pues anhele escapar de mi pecado, y ya no ser más un desocupado’”.

IV. No voy a hablar más sobre ese punto, sino que voy a proseguir a la siguiente pregunta: ¿QUÉ OBRA QUIERE EL SEÑOR QUE DESEMPEÑEN ESTOS DESOCUPADOS? “Id también vosotros a mi viña”.

Podría pensarse, de lo que escuchas de otros hombres, que el servicio de Dios es un asunto muy difícil, pesado, lúgubre, duro y fatigoso; pero no es así. La labor que el Señor quiere que hagamos es muy apropiada y adecuada para nosotros. Él quiere que reconozcamos que somos pecadores, y, por tanto, quiere que vengamos y que seamos purificados; y cuando hayamos sido purificados, Él quiere que nos demos cuenta que es nuestro gozo, nuestro deber, nuestro privilegio y nuestra delicia, publicar las alabanzas de Quien nos ha salvado de esta manera. El servicio de Dios es el empleo más adecuado al que se puede entregar un hombre; nunca lo degrada y nunca lo cansa, pues en el servicio de Dios ganamos nueva fuerza; y entre más le sirvamos, más le podremos servir.

Amados amigos, el Señor les invita a un servicio en el que Él les dará todas las herramientas y toda la fuerza que necesiten. Cuando Él les envía a Su viña, no espera que vayan primero a casa para recoger una canasta de herramientas. Dios no espera que los pecadores encuentren a su propio Salvador, y nunca envía a Sus soldados a la guerra con sus propias municiones. Quien se entrega para ser un siervo de Dios se descubrirá singularmente preparado y especialmente provisto para hacer todo lo que Dios le pide que haga.

Más aún, si vienes a la viña del Señor, querido amigo, trabajarás con Dios, y así serás ennoblecido. Eso me parece a mí que es lo más maravilloso de nuestro servicio, que somos “colaboradores Suyos”. Inclinar el tallo voluble de esa viña, y descubrir una mano todopoderosa trabajando suavemente con la nuestra; tomar la podadera y cortar la rama demasiado extendida, y sentir que hay un cuchillo más agudo que el nuestro, también cortando a la par de nosotros; tomar la pala y cavar alrededor de la vid, y sentir en todo momento y saber que hay un Obrero secreto cavando más profundamente que nosotros, haciendo así eficaz nuestro trabajo: ¡felices aquellos hombres que tienen a su Dios trabajando a la par de ellos, de esta manera!

Amados, si están construyendo para Dios, y levantan la cuchara de albañil, o el martillo, y sienten que hay otra mano que levanta otra cuchara, y otro martillo, construyendo con ustedes y edificando por ustedes, son honrados divinamente. Pertenecen a la nobleza del cielo si Dios obra con ustedes; y es para ocupar esa posición que Él los invita cuando dice: “Id también vosotros a mi viña”.

Jóvenes de veinticinco, o treinta años, permítanme decirles que si ustedes se involucran en este trabajo, será crecientemente placentero para ustedes. Las pequeñas dificultades del comienzo serán prontamente superadas. El servicio de Dios podría parecer, al principio, algo así como nadar contra la corriente; pero después, descubrirán que hay un placer aun en el elemento que se les opone, pues el pez que vive, prefiere nadar río arriba. Ustedes encontrarán un deleite en sus dificultades, un sagrado gozo en aquello que les parece tan arduo al principio; y conforme vivan y trabajen para su Señor, servirle y glorificar Su santo nombre se convertirá en gozo sobre gozo.

Y, queridos amigos, esta obra será recompensada al fin de acuerdo a la gracia. El Señor les dará de acuerdo a Su gracia, una recompensa aquí y una recompensa en el más allá. No por deuda, fíjense bien. No estoy predicando un sermón legal, pidiéndole al joven que trabaje para que gane el cielo por medio de eso; sino que primero les pido que crean en Jesús, y así se conviertan en los siervos del Dios vivo, y luego, por gratitud, gasten lo suyo y aun ustedes mismos se gasten por Él. Si lo hacen así, ciertamente, les digo que no dejarán de recibir una recompensa, ya sea aquí o en el más allá.

Concluiré recordándoles que, aunque he estado hablando a aquellos que han alcanzado la hora tercera (de veinticinco a treinta y cinco años), debemos recordar que el padre de familia salió otra vez a la hora sexta, para contratar, digamos, a los de treinta y cinco a cuarenta y cinco años. Llamó a los que encontró entonces, y cuando los llamó, entraron a la viña. Ustedes, hombres, entre treinta y cinco y cincuenta años de edad, en la potencia de sus días, Cristo no rehusará emplearlos si acuden a Su llamado.

Luego, el padre de familia salió otra vez a la hora novena, digamos, a los cincuenta, cincuenta y cinco, sesenta, o, mayores, sesenta y cinco años. Se estaba haciendo tarde, pero ellos todavía podían completar un buen



trabajo si ponían todas sus energías en la obra. Ningún hombre debe desesperar de no poder hacer el trabajo de una vida incluso ahora; si no pueden trabajar largamente, pueden trabajar intensamente. Hay algunos hombres que comienzan a trabajar muy tarde, pero pueden hacerlo con tal vigor y denuedo que logran mucho. No veo por qué ustedes no podrían hacerlo. De cualquier manera, entren ahora. Hombres mayores han hecho grandes cosas en el pasado. Si no poseen la vivacidad de la juventud, tienen más sabiduría. Si no tienen toda la fortaleza, tienen más prudencia. Hay un lugar para que lo llenes, mi buen hermano, aunque hayan sobrevolado tu cabeza muchos años. Si vienes a Cristo aunque sea ahora, Él te usará en Su viña.

¡Ah, pero, lo mejor de todo es que el padre de familia salió a la hora undécima! Él podría haber dicho: “no vale la pena salir ahora, pues si los hago entrar, sólo les queda una hora para trabajar”. Sin embargo, como les he dicho, Él los empleó, no porque necesitara a los hombres, sino porque ellos necesitaban el dinero. Salió para mostrar esto, que no los necesitaba ni en la hora primera, ni en la hora tercera, ni en la sexta, ni en la hora novena, y mucho menos los necesitaba en la hora undécima. ¡Allá están! Puedo verlos. Se trata de una cuadrilla de hombres y mujeres ancianos. Tú no los contratarías, estoy seguro; tú dirías: “se la van a pasar hablando la mitad del tiempo, y la otra mitad la invertirán limpiándose el sudor de su frente, sin hacer nada. No queda ninguna fuerza en esas pobres almas, estarían mejor en un asilo, con un tazón de atole, sentados junto al fuego”. Pero la contratación de esos hombres, por parte de este buen padre de familia, no era para su beneficio, sino para beneficio de ellos; él sintió que muy bien podía contratar a estos, como había hecho con el resto; así que les dijo: “es la hora undécima, pero vayan y trabajen en mi viña, y recibirán lo que sea justo”. Yo siento que es un gran gozo haber sido llamado para trabajar para mi Señor en las tempranas horas del día de mi vida; y espero poder decir pronto: “Oh Dios, me enseñaste desde mi juventud, y hasta ahora he manifestado tus maravillas. Ahora, también, aun en la vejez y en las canas, oh Dios, no me desampares, hasta que anuncie Tu poder a la posteridad”. No pienso que mi Señor despida a Su viejo siervo; cuando envejezca, tú te hubieras podido cansar de mí, pero Él no; Él escuchará mi oración:

No me despidas de Tu servicio, Señor.

Lo mejor y más feliz de todo, es que hayamos servido a nuestro Señor desde nuestra juventud; pero, querido amigo anciano, si te has perdido de ese privilegio, para tu propia desgracia y tristeza, si eres ahora un anciano inconverso, o una anciana que no es salva, incluso en este momento, el Señor los está invitando. Él los llama, los invita a venir y ser bienvenidos. Si simplemente vienen a Él, les dará su denario, también, igual que lo da a quienes han comenzado su trabajo desde muy temprano.

Si recuerdo correctamente, hubo un hombre que fue convertido a la edad de 103 años. Estaba sentado junto a un seto, creo que en Virginia, y recordó un sermón que había escuchado predicar al señor Flavel en Plymouth; y recordando una porción impactante de ese sermón, se volvió a Dios, y encontró paz y perdón. Le fue concedido vivir tres años más, y cuando murió, este epitafio fue puesto sobre su tumba: “Aquí yace un bebé en la gracia, de tres años de edad, que murió, según la naturaleza, de 106 años de edad”.

¿Recuerdan ustedes a aquel venerable amigo que fue bautizado, aquí, hace cerca de seis meses? ¡Querido anciano, a menudo lo había visto con su mente turbada, oh, y tan angustiado! Debo confesar que algunas veces yo evité ir donde él se encontraba, porque no podía alentarle, y él tenía más bien la propensión a deprimirlo a uno a su nivel, tan triste era. Un alma buena, y un verdadero hijo de Dios, pero siempre dudando de sus evidencias de vida espiritual. Un día, que yo estaba concediendo entrevistas a los buscadores, él vino; dijo que deseaba ser bautizado para poder confesar su fe en Cristo. Él no estaba seguro de ser un hijo de Dios, pero sabía que no tenía ninguna otra esperanza, excepto en la sangre preciosa. Era un hombre muy viejo; ¿creía yo que era demasiado viejo? No, yo no lo creía. ¡Dios lo bendiga! Me alegró verlo. Fue bautizado a los 86 años, y ese día él estaba feliz. Quienes lo conocían no lo habían visto nunca tan feliz. Confiaba en la sangre preciosa, y había obedecido el mandato de su Señor. Vivió cerca de tres meses de los días del cielo en la tierra, en los que, si hubieran visto al anciano, habrían notado cómo brillaba. Caminó con Dios, y luego se fue al hogar. No tuvimos con nosotros a ese miembro de esta iglesia por mucho tiempo, ¿no es cierto? No, pero asiste a este lugar, si ha podido venir esta noche, una hermana, que se unió a esta iglesia cuando tenía dieciséis años de edad, y ha pertenecido aquí, setenta y seis años, y

todavía está entre nosotros. Piensen en la diferencia entre estas dos personas; una hace una confesión de fe durante setenta y seis años, y otra, solamente por dos o tres meses; sin embargo, ambas recibirán su denario. Estoy seguro que no vamos a objetar el denario recibido por el hermano que vino a la edad de ochenta y seis años; nos alegra que participe en la repartición completa de la bendición, aquí y en el más allá.

Sin embargo, queridos amigos, no se esperen para hacerlo tan tarde; y si se han detenido hasta ahora, apresúrense, y vayan a Cristo de inmediato. ¡Que Su Santo Espíritu los conduzca y los guíe, por Jesucristo nuestro Señor! Amén.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read "C. H. Anderson", is centered on the page. The signature is written in a cursive, flowing style.